

BIEN VENIDO, MISTER FORD

PROXIMAMENTE m^{ster} Ford va a venir a echar una visita a los españoles. Parece ser que el Presidente de los Estados Unidos llega con el talante de un dueño de finca que quiere tratar de negocios con sus aparceros. El Rolls descapotable cruzará la Gran Vía madrileña, agitando los brazos hacia las fachadas sucias y barrocas, y mostrará su acreditada sonrisa colgate a los tenderos de las pañerías, dependientes de comercio, oficinistas de primer piso asomados a la ventana, paseantes aburridos, curiosos transeúntes que por un momento, al paso de la acharolada comitiva, interrumpirán el aperitivo y se van a alinear en el bordillo de la acera. Según se podrá leer en las crónicas, toda esta gente unida va a tributar al amo americano un caluroso recibimiento dentro del contexto de la consabida hidalguía castellana.

Los americanos tienen en este país importantes intereses. Así pues, esta hidalguía castellana, que por otra parte es muy barata, nos será muy necesaria para tener contento a mister Ford, que es un poderoso acreedor nuestro. A los acreedores hay que tratarlos bien y aplaudirlos mucho para que alarguen los plazos. Por otro lado nosotros somos ahora mismo unos mendigos de prestigio, y esta visita nos puede ayudar. Estamos atravesando un mal momento. Los moros ya nos hablan de tú, los portugueses nos miran por encima del hombro, los europeos nos tienen echado el cierre. Así que los tenderos de la Gran Vía deben aplaudir con fuerza para que este poderoso señor se ponga muy contento y se crea que le queremos muchísimo y podamos seguir así aliviando el stock de zapatos de Elda.

La verdad es que los norteamericanos últimamente nos han ofrecido dos bofetadas diplomáticas. Nos han negado las preferencias arancelarias y han vendido aviones a los marroquíes para que puedan echar confeti en el Sahara. Pero, nada, eso se lo perdonamos. Nosotros somos unos hidalgos viejos que sabemos recibir cumplidamente a nuestros huéspedes. También tenemos las escrituras de propiedad de unos terrenos donde ellos han asentado unas bases militares. Pero, nada, eso también se lo perdonamos. Lo importante es que mister Ford, después de la derrota en Vietnam y de lo ocurrido en Portugal, se dé cuenta de que este país es ya la única reserva espiritual de aplausos fáciles, de que seguimos portándonos bien dentro de las alambradas del rancho. Se ha escrito en alguna parte que la acogida calurosa y entusiasta a m^{ster} Ford en España está asegurada, cosa que no se podría decir en Atenas, Ankara y Lisboa. Creo que las cosas deben ponerse en su sitio. Esta alegría inmensa de recibir a mister Ford, este consuelo íntimo que le vamos a proporcionar, estos vítores fervorosos de la hidalguía castellana deben ser apuntados únicamente en el haber de los tenderos, oficinistas y paseantes de la Gran Vía y a una serie de curiosos transeúntes que habrán acudido allí a comprarse un bolso y que de paso van a echar un aplauso al rey americano. Las cosas como son. Y Dios en la de todos. ■ VICENT.

